Pastor’s Note ~ June 20, 2021

The Catholic faith holds a great deal of fascination for the detail-oriented and the highly organized, if for no other reason than that the Church has a certain love of putting things into lists. There are lots of numbered lists of matters of faith that we can learn, and then go deeper by becoming acquainted with the items in each list. There are the Twelve Apostles, the Four Gospels/Four Evangelists, the Seven Sacraments, the Seven Gifts of the Holy Spirit, the Twelve Fruits of the Holy Spirit (they are different, and maybe I’ll talk about the difference in a future note), the Seven Deadly Sins (though I would prefer the more patristic formulation of the Eight Vices, for reasons I might go into in a future note), and the Four Last Things, just to name a few. One of the most important and most useful lists is the Seven Virtues. And if we examine and meditate upon the virtues, we get a special bonus: it’s actually *two lists*, the Four Cardinal Virtues and the Three Theological Virtues. Over the next several weeks, I will share some reflections on each of the virtues.

This week, we will think about what the virtues are in general, and then what is the difference between the Cardinal and Theological virtues. The Cardinal virtues are *prudence, temperance, justice, and fortitude.* They are called *Cardinal* because they are those upon which all other natural virtues hinge or turn around, with “cardinal” coming from the Latin *cardo*, which means *hinge*. The word finds use elsewhere in the Church; the *cardinal* hours of the Liturgy of the Hours are Morning and Evening Prayer, for they are the *hinge* around which the rest of the day’s prayers turn. The Cardinals of the Roman Church are the men selected by the Pope to be his advisory body and to elect the next Pope, they are the *hinge* around which the Roman Church seems to be fixed (and the birds are named for the clergymen, not the other way around, because the red color of the bird is reminiscent of the red robes of the clergy, who wear that color as a sign of willingness to accept martyrdom).

The Theological virtues are *Faith, Hope, and Charity*. They are called *theological*, coming from the Greek *Theos*, meaning “God,” and *logos*, meaning “knowledge,” since they give us knowledge of God—and not only factual knowledge, but personal communion with God, knowing God as person, knowing him as he is (not to know things about God, but to know God personally). Faith, Hope, and Charity have their source and end in God, which is to say that they flow from his grace, and we respond to that grace by being faithful, being hopeful, and being charitable, by saying “I believe,” “I hope,” and “I love.” By responding to God’s grace of faith, hope, and love, by saying “yes” to these virtues, we grow in them, and come to know him more and more, and thus become more capable of faith, and hope, and love.

The Catechism teaches that virtue is *a habitual disposition for the good*. While we might do an act that is just or prudent or temperate or fortitudinous (i.e. courageous, but *fortitudinous* is a more fun word), or faithful or hopeful or charitable (or loving, but they mean the same thing in this context), it is not a single act or a single moment that makes us virtuous, just as it is not one sin which might make us a liar or a murderer or a thief. Virtues, just like vices, are *tendencies*, continual ways of acting for the good. The Cardinal virtues are accessible to the reason; Aristotle enumerates them and talks about what acts constitute them. We do not need revelation to know of these virtues, though they gain greater clarity when we meditate upon Christ’s own possession and exhibition of the Cardinal virtues. The Theological virtues are only knowable by revelation, and only received if we know the One True God and desire union with him. And they, in turn, lead us back to God. If a virtue is a habitual disposition for the good, then we might see it as a continual desiring, acting, and striving for the good, and our highest good is God, so to be virtuous is ultimately to live a life that seeks God always and in all things and in all ways.

Nota del pastor ~ 20 junio 2021

La fe católica tiene una gran fascinación para los que se orientan a los detalles y los altamente organizados, aunque solo sea por el hecho de que la Iglesia tiene cierto amor por poner las cosas en listas. Hay muchas listas numeradas de asuntos de fe que podemos aprender y luego profundizar al familiarizarnos con los elementos de cada lista. Hay los Doce Apóstoles, los Cuatro Evangelios / Cuatro Evangelistas, los Siete Sacramentos, los Siete Dones del Espíritu Santo, los Doce Frutos del Espíritu Santo (son diferentes, y tal vez hablaré sobre la diferencia en una nota futura ), los Siete Pecados Capitales (aunque preferiría la formulación más patrística de los Ocho Vicios, por razones que podría mencionar en una nota futura), y las Cuatro Últimas Cosas, solo por nombrar algunos. Una de las listas más importantes y útiles es las Siete Virtudes. Y si examinamos y meditamos sobre las virtudes, obtenemos una ventaja especial: en realidad son dos listas, las Cuatro Virtudes Cardinales y las Tres Virtudes Teologales. Durante las próximas semanas, compartiré algunas reflexiones sobre cada una de las virtudes.

Esta semana, pensamos en cuales son las virtudes en general, y luego cuál es la diferencia entre las virtudes cardinales y teologales. Las virtudes cardinales son la prudencia, la templanza, la justicia y la fortaleza. Se les llama cardenal porque son aquellos sobre los que giran o giran todas las demás virtudes naturales, y “cardenal” proviene del latín *cardo*, que significa bisagra. La palabra encuentra uso en otras partes de la Iglesia; las horas cardinales de la Liturgia de las Horas son la oración de laudes de la mañana y de vísperas de la tarde, porque son la bisagra alrededor de la cual giran el resto de las oraciones del día. Los Cardenales de la Iglesia Romana son los hombres seleccionados por el Papa para ser su cuerpo asesor y para elegir al próximo Papa, son la bisagra alrededor de la cual la Iglesia Romana parece estar fija (y los pájaros llevan el nombre de los clérigos, no del al revés, porque el color rojo del pájaro recuerda a las túnicas rojas del clero, que visten ese color en señal de voluntad de aceptar el martirio).

Las virtudes teologales son la fe, la esperanza y la caridad. Se les llama teologales, provenientes del griego *Theos*, que significa "Dios", y *logos*, que significa "conocimiento", ya que nos dan conocimiento de Dios, y no solo conocimiento fáctico, sino comunión personal con Dios, conocer a Dios como persona, conocer él como es (no *saber cosas* sobre Dios, pero *conocer* *a Dios*). La fe, la esperanza y la caridad tienen su fuente y su fin en Dios, es decir, fluyen de su gracia, y respondemos a esa gracia siendo fieles, llenos de esperanza, y caritativos, al decir “yo creo”, “ yo espero ”y “yo amo”. Al responder a la gracia de la fe, la esperanza y el amor de Dios, al decir "sí" a estas virtudes, crecemos en ellas y llegamos a conocerlo más y más, y así nos volvemos más capaces de tener fe, esperanza y amor.

El Catecismo enseña que la virtud *es una disposición habitual para lo bueno*. Si bien podríamos hacer un acto que sea justo o prudente o templado o fortuito, o fiel o esperanzado o caritativo (o amoroso, pero significan lo mismo en este contexto), no es un solo acto o un solo momento lo que nos hace virtuosos, como tampoco es un pecado que nos pueda convertir en mentirosos, asesinos o ladrones. Las virtudes, al igual que los vicios, son tendencias, formas continuas de actuar para el bien. Las virtudes cardinales son accesibles a la razón; Aristóteles los enumera y habla de qué actos los constituyen. No necesitamos revelación para conocer estas virtudes, aunque adquieren mayor claridad cuando meditamos sobre la posesión y exhibición de las virtudes cardinales por parte de Cristo. Las virtudes teologales solo se pueden conocer por revelación, y solo se reciben si conocemos al único Dios verdadero y deseamos la unión con él. Y ellos, a su vez, nos llevan de regreso a Dios. Si una virtud es una disposición habitual para el bien, entonces podríamos verla como un deseo continuo, actuar y luchar por el bien, y nuestro mayor bien es Dios, por lo que ser virtuoso es, en última instancia, vivir una vida que busca a Dios siempre y en todas las cosas y en todos las maneras.